

abandonadas durante la guerra civil; ya Hakam El-Gifari, primer lugarteniente de Siyad en el Corasan, había ocupado á Toharistan, territorio Sur y Sudeste de Balh, hasta el Hindu-Kusch, siendo el primero que logró pasar el Oxo, si bien por corto tiempo. Luego parece que el Oriente volvió á rebelarse, pues cuando despues de la muerte de Hakam en el año 51 (671) llegó Rabí Ibn Siyad (1) con 25,000 guerreros de Kufa y 25,000 de Basora, debió apoderarse de nuevo de Balh y de otras poblaciones. Sustituyóle en su cargo, en el año 54 (674), Obeidallah, hombre de 25 años, hijo del lugarteniente Siyad, que acababa de morir, el cual penetró mucho mas allá del Oxo en el territorio de la Sogdiana hasta Peikend y Bokhara, é infirió á los turcos una gran derrota. Se nos dice que envió 2,000 prisioneros á Basora, los primeros esclavos que fueron conducidos al Occidente del imperio de los califas, y á los cuales siguieron pronto otros casi todos los años, hasta que algunas generaciones despues se convirtieron de siervos en señores. Cuando fué necesaria la presencia de Obeidallah en Basora, en el año 55 = 674, la lugartenencia del Corasan, de la cual siguieron dependiendo las nuevas conquistas, pasó á Sa'id, hijo del califa Othman, á quien deseaba atraerse Moawiya. Llegó Sa'id hasta Samarcanda, á la cual despues, bajo el califato de Yezid, tuvo que someter de nuevo (61 = 681) el lugarteniente nombrado por éste, Selm, hermano de Obeidallah. Naturalmente no era muy sincera la adhesión de los turcos á sus nuevos dominadores, y cuando perdían de vista al ejército musulmíco dejaban de aprontar los impuestos convenidos, los cuales solo por medio de una nueva campaña pudieron hacerse efectivos. A pesar de todo, la influencia del Islam penetró tambien en estas comarcas, no sin reverses, pero incesantemente. Todo convenio con una ciudad ó con una tribu, por mas que fuera en sí de valor dudoso, contribuía siempre á asegurar la posesión de la tierra que quedaba atrás y constituía, al propio tiempo, una preparación para una futura acción mas decisiva; y así, no dejó de ser importante que el citado Selm hubiese logrado ajustar un arreglo con Khwarism (hoy Khiva) para el pago de tributo. Por lo demás, el mérito principal de estos triunfos no correspondía, por lo general, á los lugartenientes, que eran cambiados muy á menudo, sino mas bien á los generales que les estaban subordinados, y que solían conservar durante largo tiempo sus mandos, estando así familiarizados con las tropas y siendo conocedores del país y de su población. El que mas descuella entre estos es Mohallab, hijo de Abu Sofra, yemenita de la tribu Asd, que se había distinguido muy particularmente, durante las lugartenencias de Sa'id Ibn Othman y de Selm, en las campañas de Samarcanda y que estaba llamado á representar muy pronto un papel mucho mas importante. Había ya prestado relevantes servicios en otro teatro de la guerra en los primeros años del califato de Moawiya; como consecuencia de las correrías que se hicieron desde el Corasan meridional contra los turcos del actual Afghanistan (ya en los años 38 ó 39 = 659), se había desarrollado una guerra de fronteras que los árabes llevaron hasta el Pendyab, despues de vencer al príncipe turco de Cabul, y de haber tomado esta ciudad en el año 42 (662), pero que terminó al fin con una sensible derrota. Allí ya se dió á conocer en el año 44 (664) el talento militar de Mohallab: partiendo de Cabul, que en el interin, despues de repetidas rebeliones, había sido, por último, sometida, bajó por el camino, que desde los tiempos de Alejandro hasta nuestro siglo ha sido seguido por los ejércitos de todos los grandes

(1) No era hijo del lugarteniente sino un individuo de la tribu de los Abs del mismo nombre.

conquistadores del Asia, á lo largo del rio de Cabul, hasta la tierra del Pendyab ó sea de los cinco rios de la India. Allí se limitaron, así él como sus sucesores, á frecuentes correrías en el llano, y solo se conservaron duraderamente los pasos de las montañas, hasta que fueron incorporados al imperio, al propio tiempo que éstos, Mekran y el resto del actual Beluchistan, así como el territorio de Candahar. Había tanto mas motivo para contentarse con esto, cuanto que la guerra civil, encendida desde el año 61 (681), había producido poco á poco disensiones entre los mismos árabes de aquellas provincias limítrofes, las cuales ocasionaron la pérdida de las tierras de los turcos mas allá del Oxo, así como alzamientos en Cabul y otros lugares.

A pesar de los descabros y de las pérdidas en la guerra contra Constantinopla, Moawiya, en sus últimos años, como soberano de un imperio sólida y ordenadamente establecido en el interior y ensanchado y poderoso en el exterior, pudo contemplar con satisfacción la obra de su vida. Una sola cosa faltaba para garantir á esta obra la deseada duración: la seguridad de la sucesión al trono, y Moawiya era demasiado buen omniada para no extremar todos los medios á fin de asegurar en su familia la soberanía, constituida á costa de tanto trabajo y astucia y de algunas graves faltas. Ahora bien: dada la muy probada adhesión de los sirios, no habría sido difícil lograr semejante propósito, si su hijo mayor, Yezid, no hubiese tenido tantos defectos. Que se cuidara del Corán tan poco como su padre y que, en cambio, fuera dado al vino, á la caza y al juego, no le perjudicaba por cierto á los ojos de los sirios, pero sí que manifestara, al propio tiempo, una aversión á las fatigas de la guerra impropia de su belicoso linaje. No se le acusaba en manera alguna de cobardía, pero cuando Moawiya le obligó á tomar el mando del ejército que se enviaba á Calcedonia al auxilio de Fadala, no tuvo reparo en expresar en versos satíricos su parecer de que le era enteramente indiferente que los de Calcedonia padecieran de fiebre ó de reumatismo mientras pudiese él estar sentado en su sofá al lado de su jóven mujer en el convento de Murrán (2). Verdad es que nada adelantó con ello; no tuvo mas remedio que acompañar al ejército, y parece tambien que se portó con valentía. Por lo demás, era personalmente querido por su sociabilidad, talento poético y liberalidad; pero lo que decididamente predisponía contra él á una parte de los sirios era su ascendencia materna: su madre era hija de Bahdal, uno de los caudillos de los Benu Kelb, motivo suficiente para inspirar desconfianza hacia el jóven príncipe en los keisitas. A pesar de todo, no hubo abierta oposición cuando en el año 56 (676) el koreischita Dahak Ibn Keis, uno de los parientes mas cercanos de Moawiya, pidió públicamente al califa que hiciera prestar desde luego homenaje á Yezid como sucesor al trono, para evitar nuevas guerras civiles despues de su muerte. Pero de otro modo se pensaba en las provincias. Dirigidos por el lugarteniente de Basora, Obeidallah, fueron á Damasco representantes del Irak, y preguntados por su parecer, El Ahnaf Ibn Keis, caudillo de los Benu Temim de Basora, dió la célebre respuesta: «Te tememos si decimos la verdad, pero mas tememos á Dios si mentimos,» y manifestó su opinión decididamente contraria. Consiguióse, sin embargo, por último, en parte por dádivas, en parte por amenazas, mover á los irakeses á prestar el homenaje. Mucho mas grave fué la actitud de los de Medina. En la ciudad santa se encontraban, como ya hemos visto, varios hombres importantes que á causa de su origen podían abrigar preten-

(2) Muy cerca de Damasco; en los conventos cristianos se podía beber vino libremente.

siones al califato: Husein, Abdallah Ibn Sobeir, un hijo de Abu Bekr y otro de Omar (el heredero de Othman acababa de ser atraído á la causa de Yezid con la lugartenencia del Corasan). A esto había que agregar que la persona de Yezid excitaba allí la mayor repugnancia. «¿Habríamos de prestar homenaje,—decía Abdallah Ibn Omar,—á un hombre que juega con micos y perros, bebe vino y comete públicamente toda clase de actos vergonzosos? ¿Cómo podríamos responder de ello ante Dios?» Esta era la opinión general en Medina, y así Merwan, informado por Moawiya de su propósito, le contestó, aterrado, que desistiera de él. El califa tal vez opinó que el consejo de Merwan no era del todo desinteresado; como uno de los omniadas de mas edad, podía el primo de Othman considerarse apto para la suprema dignidad. Le privó, pues, de la lugartenencia de Medina y se trasladó él mismo, con mil jinetes escogidos, á la ciudad del Profeta; pero apenas hubo llegado allí cuando los cuatro personajes mencionados, temiendo, con razon, que se les hiciera violencia, huyeron á la Meca, donde esperaban encontrar seguridad bajo la protección del distrito sagrado. Moawiya, que no estaba dispuesto á desistir de su propósito por consideraciones religiosas, marchó tras ellos, y viendo que eran infructuosos sus esfuerzos para ganarlos con dádivas y promesas, les declaró por último que mandaría proceder al acto del homenaje en la Ka'aba, colocandolos junto á cada uno de ellos dos hombres con espadas desenvainadas, y el que se atreviera á oponerse, allí sería inmediatamente acuchillado. Subió, pues, al púlpito de la mezquita y pidió á la comunidad allí reunida que jurara fidelidad á Yezid, añadiendo: «Estos hombres, los príncipes y los primeros de los creyentes, sin los cuales no se puede deliberar sobre ningún asunto, y sin cuyo consejo nada se puede decidir, han manifestado ya su asentimiento y jurado fidelidad á Yezid; juradla, pues, tambien vosotros en nombre de Dios.» Como los cuatro callaran, porque veían los sables desnudos y no podían dudar de que Moawiya era capaz de ejecutar su amenaza sin consideración á la santidad del lugar, se conformaron tambien los de la Meca, y despues, cuando el califa se detuvo en Medina á su regreso, no se atrevieron tampoco los piadosos de allí á resistirse por mas tiempo. De esta suerte, fué reconocido Yezid oficialmente como legítimo sucesor al trono en todas las provincias, pues que en el Egipto, completamente pacificado mucho tiempo hacia, no se encontró oposición alguna: el porvenir debía encargarse de demostrar si este forzado homenaje tenia mas valor que una mera formalidad.

Moawiya murió en Radschab del año 60 (abril de 680) (1), cargado de años y harto de vivir. Poseemos de él una especie de testamento político, que si fuera auténtico (2) se parecería en mas de un concepto á una profecía del porvenir. Verdad es que á un hombre menos perspicaz que Moawiya podía tambien habérsele ocurrido la advertencia que se hace en él con marcado interés: se previene al futuro soberano contra dos hombres que en realidad estaban destinados á alzar

(1) No se puede determinar la fecha exacta. Las mejores autoridades están divididas entre el 1 y el 15 del citado mes (7 y 21 de abril), pero el primero parece el mas probable. Tampoco puede determinarse fijamente la edad que alcanzó Moawiya; sin embargo, parece que debió tener á su muerte de 70 á 80 años.

(2) Dudo de su autenticidad, porque en él se encuentra esta frase: «Sé considerado con los hombres del Irak, y si ellos te piden que les envíes cada día un nuevo lugarteniente, hazlo; es mas fácil soportar un cambio en la administración que permitir que se desenvainen cien mil espadas.» Esto no es propio del genio de Moawiya, el cual jamás pensó en destituir á Siyad ni á Obeidallah porque no fueran del agrado de los irakeses. Esta frase, como probablemente todo el testamento, es una profecía *ex eventu*.

la bandera de la rebelión contra él y á poner otra vez el imperio árabe al borde de la ruina, encendiendo una nueva guerra civil de 30 años: Husein, hijo de Alí, y Abdallah Ibn Sobeir.

## CAPITULO II

### LA SEGUNDA GUERRA CIVIL

Cuando Yezid (reinó desde Radschab 60 hasta 14 Rabí I 64 = abril 680-10 noviembre 683) subió al poder en Damasco el día de la muerte de su padre, podía contar seguramente con un apoyo: los sirios, adictos lealmente á Moawiya hacia muchos años, sabían que su ventajosa posición entre las demás tribus del imperio estaba indisolublemente ligada á la dominación de los omniadas; además, personalmente, el nuevo califa les agradaba mas que su padre. Hijo de una beduina, que por nostalgia había vuelto entre los suyos con permiso de su marido, había pasado su juventud en el desierto al lado de su madre; y á las costumbres é ideas de un beduino, que trata como á igual á todo árabe libre, unía el desafecto hacia todo lo devoto, que era entonces general en la Siria y que en él llegaba, ciertamente, hasta una marcada hostilidad contra los preceptos de la religión. Si podemos reducir á su verdadera expresión la evidente desfiguración de su memoria que encontramos en los escritores posteriores, debió de ser Yezid un hombre satisfecho de la vida, inclinado á los placeres, amable y de talento: si semejantes cualidades iban ó no acompañadas de un carácter firme y de las demás dotes de un soberano, de las cuales no se podía prescindir en aquella época, no podemos determinarlo, pues que la brevedad de su reinado no permite formar juicio exacto. Además de las medidas que los inmediatos acontecimientos hicieron necesarias, en las cuales no hubiera dejado de pensar cualquier otro príncipe, solo nos es conocida una disposición de verdadera importancia: privó á los cristianos sirios de la exención del jaradsch que les había otorgado Omar, empeorando bastante con esto la situación de esta clase de sus súbditos; pero es muy posible que despues de estallar la rebelión en la Arabia, la situación del reino obligara á aumentar los ingresos y exigiera la anulación de semejante privilegio, y así, acaso no se le pueda censurar con justicia que lo hiciera. De todos modos, todo lo que era de origen árabe en la Siria le permaneció fiel cuando empezaron á recibirse de las provincias restantes noticias cada vez mas amenazadoras. Tan luego como Yezid se hubo encargado del gobierno envió una circular á todos los lugartenientes ordenándoles que dispusieran que en todas partes los habitantes le prestaran homenaje como califa. En el Irak se hizo así, á lo menos oficialmente, sin manifiesta oposición; pero cuando llegó la circular á Medina el lugarteniente El-Walid Ibn Othba no tomó la precaución de apoderarse á tiempo de las personas de Husein y de Abdallah, hijo éste de Sobeir, y así consiguieron estos escapar de la ciudad antes que pudiera obligárseles á prestar homenaje. Fuéronse otra vez á la Meca, ya que por lo pronto estaban mas seguros en el territorio sagrado que en Medina, donde en todo caso los omniadas disponían de gran número de partidarios incondicionales. De los otros rivales posibles de Yezid, había muerto en el interin el hijo de Abu Bekr, y Abdallah Ibn Omar se había consagrado por completo al piadoso ascetismo, de modo que no había motivo para cuidarse de él; pero aquellos dos en la Meca amenazaban hacerse peligrosos. Por lo mismo, envió Yezid, en Ramadan del año 60 (junio 680), á Medina, en sustitución de Walid, á Amr Ibn Sa'id, apellidado El Aschdak (3), con

(3) «Boca-grande;» en sentido figurado, el de palabra fácil.

instrucciones para adoptar las medidas necesarias á fin de apoderarse de Abdallah Ibn Sobeir; Husein pareció tal vez menos peligroso, y, por otra parte, desearía probablemente el califa vejar lo menos posible al nieto del Profeta. Ibn Sa'id mandó á otro Amr, hermano de Abdallah, pero atrocemente enemistado con éste, con 2,000 hombres á la Meca, no tanto con intencion de que penetrara á viva fuerza en el distrito sagrado como de que procurase hacer salir de él á Abdallah; pero éste hizo sorprender por sus partidarios de la Meca á la hueste, que acampaba á corta distancia de la ciudad, cayendo prisionero el mismo Amr, que, con anuencia de su hermano, fué muerto á azotes por cierto número de enemigos personales suyos. Cambió entonces de táctica Ibn Sa'id y rodeó la Meca de espías que le daban cuenta de todos los pasos de Abdallah, esperando que de este modo se le presentaría ocasion para echar mano al hombre peligroso; pero éste fué precavido y no se aventuró fuera de la jurisdiccion de la Meca.

En el ínterin había empezado á agitarse el Schi'at en el Irak desde el principio del reinado de Yezid. El lugarteniente de Kufa, No'man Ibn Beschir, era hombre de buenas intenciones: cuando tuvo noticia de que en varios puntos de la ciudad empezaba á circular el nombre de Husein, hijo de Alí, como el del legítimo califa, pronunció en el viernes próximo siguiente una plática muy sentida sobre lo censurable de las guerras civiles en general, pero no hizo nada mas para poner coto á la propagacion del espíritu de rebeldía. Los siitas habian ya enviado sigilosamente cuatro emisarios, uno tras otro, á Husein exigiéndole que se presentara entre sus adictos, que estaban dispuestos á reconocerle como califa y á tomar las armas en defensa de su derecho, y Husein les había dado una contestacion favorable por conducto de su primo Muslim Ibn Akil, el cual recibió además el encargo de informarle de la situacion de Kufa. Se enviaron tambien escritas á varios personajes importantes de Basora; pero allí, á los ojos del severo Obeidallah Ibn Siyad, nadie se atrevía á moverse, mientras que en Kufa fué recibido Muslim con los brazos abiertos, y reclutando clandestinamente, pronto pudo disponer de unos 12,000 partidarios. Los adictos del gobierno no tardaron tampoco en dar aviso á Yezid de la creciente agitacion y de la inactividad del lugarteniente. El califa adoptó la resolucion mas conveniente, dando orden á Obeidallah de entregar el mando de Basora á su hermano y de que marchara él mismo á Kufa para sofocar la conjuracion. Con su acostumbrada energia emprendió Obeidallah la peligrosa tarea: rodeado de escaso número de acompañantes, llegó una tarde á Kufa con la faz cubierta, para que adquiriera crédito la noticia que había extendido de que era Husein el que llegaba para ponerse al frente de los suyos. Logró de este modo penetrar sin ser molestado en el fuerte edificio del gobierno, donde No'man le recibió en el acto y le reconoció como su sucesor, satisfecho de quedar exento de la pesada responsabilidad que no podía eludir, ya para con el califa, ya para con el nieto del Profeta. Por mas que hubiesen aumentado las huestes de Muslim, no llegaban con mucho á constituir la mayoría de las tropas existentes en la ciudad; había, además, entre aquellas mas de uno dispuesto á seguir la corriente pero no á arriesgar la cabeza sin la seguridad del éxito. Así, pues, cuando al día siguiente se dió á conocer el nuevo lugarteniente con un discurso lleno de enérgicas amenazas por el estilo de las de Siyad, se disminuyeron mucho las filas de los siitas; empezóse á reconocer la conveniencia de aplazar la empresa, y pronto se vió obligado Muslim á buscar refugio seguro en casa de un hombre de su confianza, Hani Ibn Orwa. Obeidallah, que había puesto inmediatamente en movimiento á sus polizontes y espías, tuvo noticia de ello y mandó prender á Hani. La ten-

tativa de Muslim para libertar á su amigo se estrelló en la falta de decision de la muchedumbre que se había agrupado en torno suyo y que durante largo rato alborotó delante del palacio que habitaba el lugarteniente, pero sin atreverse á atacar formalmente y dispersándose, por último, aconsejada por hombres importantes del partido del orden. Muslim se vió entonces perdido: fué preso y ajusticiado juntamente con Hani en Zul-hiddscha del año 60 (setiembre de 680). Pero casi al mismo tiempo, muy poco despues de la fiesta de la peregrinacion (10-12 Zul-hiddscha = 11-13 setiembre) del mismo año, al recibir Husein la noticia enviada por Muslim de haber ganado 12,000 hombres, había ya salido de la Meca y emprendido el camino de Kufa con toda su familia y algunos partidarios personales, formando un total de doscientas personas. Era de todas suertes una empresa temeraria; de la confianza que podían inspirar los irakeses, sobrada ocasion había tenido Husein de cerciorarse en vida aun de su padre, y eso que entonces Alí era el único soberano en el Irak, mientras que á la sazón residía en Kufa el lugarteniente de los omniadas y nadie podía saber la acogida que esta empresa tendria en la mayoría de sus subordinados. Las personas cuerdas no dejaban de prever los peligros de la aventura; Abdallah Ibn Abbas, que si bien había hecho las paces con los omniadas, conservaba cierta simpatía hacia la casa de Alí, emparentada tan de cerca con la suya, intentó repetidas veces disuadir á su sobrino de la arriesgada expedicion. Tampoco faltó otro género de advertencias: El-Farasadak, el mas célebre poeta de la época de los omniadas, que precisamente había llegado de Basora á la Meca con motivo de la peregrinacion, y á quien Husein había preguntado por la disposicion de los ánimos en el Irak, contestó llanamente: «Los corazones de la gente están contigo, sus espadas con los hijos de Omayya, la decision en la mano de Dios: Dios hace lo que quiere.» Todo fué en vano. El espíritu caballeresco y la poca capacidad para apreciar debidamente la situacion política, ambas cosas herencia funesta de su padre, fueron la perdicion de Husein, no sin la complicidad de un falso amigo cuyas instigaciones excitaban de continuo su irreflexiva ambicion. Era éste Abdallah, el hijo de Sobeir, hombre de dudoso valor personal, pero de muchas pretensiones, y al propio tiempo uno de esos que sustituyen su falta de carácter con las formas ampulosas y la aparatosa vanidad. Abdallah consideraba su vulgar astucia de rústico como elevada diplomacia, se tenia por hombre capaz de hacer el papel de Moawiya en la segura Meca, y atizando unos contra otros á los sirios y á los irakeses, pensaba de esta suerte erigirse á la postre en árbitro de la situacion. Para esto parecióle Husein adecuado instrumento; además le era molesto el nieto del Profeta porque debía compartir con él la influencia sobre la poblacion, y alentó, por lo mismo, al fogoso amigo en sus temerarias esperanzas, ofreciéndose, al propio tiempo, como su mas adicto servidor, y le indujo á que, confiando en las hermosas promesas de los de Kufa, y con tan insuficiente acompañamiento, penetrara en la guarida de Obeidallah. Cuando Husein salió de la Meca, Ibn Abbas felicitó irónicamente á Abdallah Ibn Sobeir, y en verdad el *gran político* tuvo la satisfaccion de ver realizado su mas inmediato designio.

Husein recorrió sin ser molestado el camino desde la Meca hasta las cercanías de Kufa; Ibn Sa'id, lugarteniente de Medina, se contentó con hacer llegar á manos del hijo del antiguo califa, que atravesaba el Hedyaz en actitud pacífica, un escrito tratando de disuadirle de toda empresa irreflexiva, el cual fué contestado con evasivas, no creyéndose autorizado para emplear medidas violentas. En cambio en Kufa Obeidallah se había preparado debidamente para recibir á

Husein, y había situado, escalonadas, tropas de confianza entre el desierto y el Éufrates para apoderarse de él tan pronto como se acercara. En los últimos días del año 60 (fines setiembre 680) tropezaron los expedicionarios, que en el camino habían recibido un refuerzo de algunos partidarios de Alí y de aventureros beduinos, no muy léjos de Kadesia, con un destacamento de unos mil hombres de Kufa, á las órdenes del temimita El-Horr Ibn Yezid, el cual tenia instrucciones de eludir todo ataque en el caso de encontrarse con Husein, pero de no separarse ni un instante de su lado hasta Kufa. Como era natural, El-Horr deseaba tratar con toda la consideracion posible al hijo de Alí, y suplicóle, por lo mismo, que renunciara á su intento, que difícilmente podría realizar. Husein le hizo enseñar las cartas, con muchas firmas, que llenaban dos sacos, y por medio de las cuales los siitas de Kufa le habían exigido que se presentara entre ellos. Moviendo la cabeza dijo el temimita que, en todo caso, ni él ni sus soldados eran de los firmantes de aquellas peticiones; que no tenia orden de proceder hostilmente, pero que su deber era llevarle ante Obeidallah si no se retiraba. Lo mas prudente habría sido abstenerse aun entonces del plan mal concebido, con tanto mayor motivo cuanto que Husein acababa de tener noticia del mal éxito del movimiento en Kufa y de la muerte de Muslim y de Hani, viendo así desvanecida la esperanza de un levantamiento victorioso de los siitas en la ciudad. Pero Husein, así como tenia todos los defectos de su padre, poseía tambien el carácter noble de Alí, y no pudo decidirse á una cobarde retirada despues de haber sido derramada por la espada del verdugo la sangre de sus leales. Sus primos, los hermanos de Muslim, exclamaron: «¡Vive Dios que nosotros no retrocederemos sin haber tomado antes venganza de la sangre de nuestro hermano ó haber probado lo que él ha probado (1)!» Husein, pues, puso su causa en manos de Dios, decidido á no dar por terminada su empresa sino con un honroso convenio ó con su muerte en la batalla. Entretanto abandonó la idea de llegar á Kufa, en vista de su inutilidad dado el cambio de las circunstancias, y se dirigió al Norte hacia el Éufrates, constantemente flanqueado por El-Horr con sus beduinos, y despidiendo á todos los que no pertenecían al grupo de sus mas cercanos parientes y amigos, especialmente á los que se le habían agregado durante la marcha, para no aumentar inútilmente el número de las víctimas en caso de desgracia. Entretanto Obeidallah, para mayor seguridad, había mandado regresar á uno de sus mas distinguidos oficiales, Omar, hijo de Sa'ad Ibn Abí Wakkas, vencedor de Kadesia, que acababa de emprender la marcha con 4,000 hombres contra el pueblo montañés de los Deilem, junto al mar Caspio, y encargándole que saliera al encuentro de Husein. Despues de alguna resistencia aceptó Omar la comision, y el 3 Moharram del 61 (3 octubre de 680) dió vista á la pequeña hueste de Husein. Las instrucciones que le había dado Obeidallah no excluían un arreglo pacífico; hijo él mismo de uno de los mas antiguos compañeros de Mahoma, aunque convencido de lo funesto de una nueva guerra civil, no queria contribuir á la perdicion del nieto del Profeta mientras quedase otro camino. Así, pues, negoció con él durante varios días, y, por último, logró que Husein, cediendo á sus instancias, se manifestara dispuesto á capitular con una de estas tres condiciones: ó que regresara á la Meca, ó que se dejara conducir con escolta ante Yezid para prestarle homenaje, ó que fuera á una de las fronteras del imperio para pelear allí con los demás musulmes contra los infieles. Un mensajero llevó estas condiciones á Obeidallah, y, durante un momento,

pareció éste inclinado á considerar lo propuesto como una feliz solucion de las dificultades. Para nosotros, que conocemos los sucesos ulteriores, no hay duda alguna que habría obrado prudentemente bajo todos conceptos concediendo á Husein la eleccion, á lo menos, entre la segunda y la tercera cláusula, porque otorgarle ya el simple regreso á la Meca podía en verdad parecer peligroso. Pero uno de los íntimos del lugarteniente, Schamir Ibn Zul-Dschanschan, —su nombre es aun hoy día el horror del mundo mahometano y no es pronunciado por ningun siita sin el aditamento «el maldito de Dios,»—un verdadero pagano, que odiaba la casa del Profeta y que solo en la ruina del pretendiente veía la seguridad para el trono de los omniadas, supo hacer cambiar de opinion á Obeidallah, el cual rechazó el convenio y exigió la entrega incondicional de Husein y de sus partidarios. El mismo Schamir fué encargado de llevar á Omar, con un destacamento de tropas de infantería, la orden de que en caso de negarse á la rendicion atacara inmediatamente y llevara á Husein vivo ó muerto á Kufa. En caso de que Omar vacilara, estaba Schamir autorizado para acuchillarle en el acto y asumir el mando. Era el día 9 del citado mes cuando el funesto mensajero alcanzó al ejército. Omar se enfureció y llenó de improperios á Schamir, pero no se atrevió á obrar en oposicion á la orden de su emir (2). Como era de esperar, Husein se negó á entregarse y se dispuso para la última lucha. El desenlace no podía ser dudoso: 150 hombres estaban frente á 5,000 á lo menos, los cuales junto á la poblacion de Kerbelá los tenían rodeados por todas partes; sin embargo, el combate decisivo se retardó hasta el mediodía del 10 Moharram del año 61 (10 octubre 680). Omar, así como la mayor parte de sus gentes, habrian preferido ciertamente coger vivo á Husein, y así se pasó la mayor parte del día en combates singulares, que reducian poco á poco el número de sus defensores, pero sin resultado definitivo. Por último se acabó la paciencia de Schamir: con una imprecacion obligó á arrojarle hacia adelante á los que le rodeaban, y el nieto del Profeta, luchando valientemente, cayó bajo las espadas y las lanzas de los que pretendían confesar en la fe de su abuelo, y con él murieron la muerte de los héroes, hasta el último, todos sus primos y amigos. Se perdonó la vida á las mujeres y á los niños, que fueron enviados á Yezid en Damasco, presentándole al propio tiempo la cabeza de Husein. Manifestóse Yezid dolorosamente impresionado cuando supo lo ocurrido, y aseguró que jamás habría dado su asentimiento á la muerte de un hombre tan estimable.

Podemos dar crédito á esta aseveracion de Yezid: la confirmó enviando, contra su propio interés, á las mujeres y á los muertos en Kerbelá, con todas las muestras posibles de respeto, á Medina, donde sus descripciones de la ruina de tantos hombres temerosos de Dios, parientes del Profeta y de sus mas íntimos compañeros, fueron á aumentar el descontento y la indignacion contra la casa de Omayya. Pero si allí se preparaba de este modo el desquite contra un gobierno bajo el cual eran posibles semejantes impías atrocidades, consecuencias mucho mas trascendentales debía tener aun el hecho de Kerbelá para toda la parte oriental del imperio de los califas. Todo lo que en el Irak pertenecía al *schí'at* de Alí ardió en cólera y vergüenza al ver que el augusto hijo del adorado soberano, jefe de la casa del Profeta, había sido víctima de la espada de infieles malvados. Entre aquellos hombres era mucho mayor el encono contra el partido omniada que despues de la muerte de Alí, que, á lo menos

(2) *Emir, amir*, significa, primitiva y generalmente, general en jefe, pero fué despues el título usual de los lugartenientes y de todos los generales que tenían mando independiente. Ya hemos dicho lo que significa *Emir-al-Mumenim*.

(1) «Toda alma probará la muerte.» Corán, cap. 3, v. 182.